

VERANOS AGRICOLAS, ANTES Y AHORA

Por Gloria A. de Lucas Simón



En estas líneas quiero hacer notar la gran diferencia entre aquellos largos y duros veranos que pasaban los labradores para recoger el fruto de su cosecha, y la brevedad y comodidad con la que se lleva a cabo en la actualidad.

Para algunas personas que las lean les servirá de recordatorio de las fatigas pasadas, y los jóvenes podrán conocer las múltiples tareas que realizaban sus mayores con utensilios para ellos desconocidos.

He tomado como referencia Copernal, en donde lo he vivido personalmente, pero creo que puede identificarse con cualquier pueblo de nuestra provincia.

Las tareas de siega, acarreo, trilla, arbelado, acibado y guardar en casa, duraban casi dos meses, desde mediados de junio, que se comenzaba segando la cebada, hasta mediados de agosto, que se metía la paja, descansando únicamente el día 25 de julio, día del Santo, para festejar Santiago

Los cereales que se sembraban en el sistema de año y vez, es decir, sembrando una parte del término, denominado “añada”, un año y dejándolo descansar, de barbecho, el siguiente, eran cebada caballar y laílla; trigo, la mayor parte, y un poco de avena. En las tierras de barbecho se cultivaban leguminosas como habas, garbanzos y almortas, que también había que recoger en el verano.

En los primeros días de junio se recogían las habas que se limpiaban en las eras, que previamente se preparaban, aprovechando alguna lluvia, “arrollándolas”, es decir, pasando un gran cilindro de piedra, el rollo, tirado por una mula, para que el suelo quedase bien compactado.

La siega había que realizarla cuando el grano estaba bien seco y rápidamente por la amenaza de una tormenta, por eso los jóvenes que trabajaban en Madrid o Guadalajara tomaban sus vacaciones en este tiempo para ayudar en casa. También iban cuadrillas de segadores o peones, sobre todo extremeños, y algunos volvían todos los años a las mismas casas.

Segar a mano era sin duda la faena más dura, doblando la columna vertebral para con una mano coger un puñado de espigas que cortaban con la afilada hoz que portaban en la otra mano, dejando estas manadas en el suelo. Para protegerse utilizaban la delantera, una especie de delantal de lona que les bajaba por cada una